

TEXTOS OLVIDADOS DE ALONSO QUESADA

P O R

ANDRÉS SÁNCHEZ ROBAYNA

I

Entre los documentos y papeles diversos del poeta Fernando González que custodia la Casa de Colón de Las Palmas de Gran Canaria —parte integrante de lo que fue la espléndida biblioteca del matrimonio González-Fuentes adquirida por esa institución en los años 70— figuran varios volúmenes de recortes de prensa amorosamente confeccionados por el autor de *Canciones del alba*. No cito este libro de manera casual: se trata, en efecto, de cuadernos que corresponden a la primerísima época de González, quien, nacido en Telde (Gran Canaria), en 1901, publicaba en 1918 —a sus diecisiete años, pues— el volumen citado, primero de los suyos. Los cuadernos de recortes datan exactamente de este período, es decir, de una fase de la vocación literaria del autor particularmente atenta a cuantas publicaciones poéticas estuvieran a su alcance, publicaciones entre las cuales se contaban, en importante lugar, las periodísticas. El poeta adolescente, ávido lector de cuantos versos se publicaban en la prensa (y no eran pocos, ciertamente, en un momento del periodismo peninsular e insular que, como es sabido, prodigaba las manifestaciones de ese carácter), decidió redimir de la inmediata caducidad del papel periodístico todos aquellos textos que por una u otra razón habían sido objeto de su ju-

venil curiosidad. (Entre los que conozco, no menos interés tiene el álbum de recortes elaborado por el pintor Néstor, hoy en la Biblioteca del Museo Canario; más selectivo que González —el álbum fue realizado por el pintor en sus años de madurez—, los recortes de Néstor sirven, por ello mismo, para conocer muy de cerca sus gustos intelectuales y estéticos.) El interés de esta clase de trabajos me parece fuera de toda duda; bastará recordar aquí el conjunto de los diversos álbumes —fotos anotadas, recortes de prensa, apuntes— de Juan Ramón Jiménez, conservados en la Universidad de Puerto Rico, una selección de los cuales fue publicada con motivo del centenario del nacimiento del autor ¹.

En uno de aquellos volúmenes de recortes —aún sin indicación catalográfica— elaborados por Fernando González se recogen dos textos impresos de Alonso Quesada hoy olvidados y no tenidos en cuenta por los editores de Quesada (entre los que me cuento), esto es, ni por la *Antología poética* ² seleccionada y prologada por el autor de estas líneas (en cuyo Apéndice titulado «Alonso Quesada, traductor» debió haberse recogido la traducción de D'Annunzio que se verá en seguida), ni por el tomo segundo de la *Obra Completa* de Quesada ³, en cuyo apartado «Otros poemas» deberá constar —en caso de una reedición de ese volumen— el poema «Haira», que aquí damos a conocer; otra sección del mismo tomo, la titulada «Versiones» (que no añade ninguna nueva a las por mí recopiladas en el citado «Alonso Quesada, traductor»), deberá, por su parte, recoger la referida traducción del fragmento de D'Annunzio.

No debe extrañar que ambos textos hayan pasado inadvertidos a los editores de Quesada. Y es que, en rigor, no hay tal inadvertencia: las colecciones de periódicos que, en este caso,

¹ JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: «Álbum», en la revista *Poesía* (Madrid), núms. 13-14 (1981-82), págs. 185-271.

² ALONSO QUESADA: *Antología poética*, selección y prólogo de Andrés Sánchez Robayna, Barcelona, 1981. Véase la sección «Alonso Quesada, traductor», pp. 171-183.

³ ALONSO QUESADA: *Obra Completa*, edición y prólogo de Lázaro Santana, Las Palmas de Gran Canaria, 1986. Los apartados «Otros poemas» y «Versiones», en las pp. 137-160 y 161-168, respectivamente.

han servido de base a todas las pesquisas hemerográficas correspondientes al período 1900-1936 son las conservadas por la Hemeroteca del Museo Canario, la única del archipiélago que guarda ejemplares de algunos títulos, muy en especial de los periódicos aparecidos en Gran Canaria. Se trata, sin embargo, de colecciones con frecuencia incompletas, con ejemplares a menudo estragados, circunstancias que dificultan, hoy por hoy, la recuperación más o menos cabal no sólo de la obra dispersa de Quesada (una parte importante de cuya producción, como es sabido, se halla precisamente en publicaciones periodísticas), sino también, como es natural, de la de otros autores de ese rico período de las letras insulares.

Por desgracia, Fernando González no tuvo la precaución de anotar en sus recortes ni los lugares ni las fechas de publicación. En el caso de los dos textos aquí exhumados, tales carencias no resultan, sin embargo, demasiado problemáticas, pues el poema «Haira» aparece fechado al pie por el autor, y la traducción de D'Annunzio no ofrece mayores dificultades de datación, como se verá en seguida.

El poema, escrito en mayo de 1918, corresponde a lo que en otro lugar he llamado una fase de «dispersión» estética en la evolución de la poesía de Alonso Quesada⁴. En efecto, publicado *El lino de los sueños* en 1915, el poeta dudó acerca del rumbo que podía seguir su poesía; las tentativas líricas de los años 1915-1918 dan testimonio de una evidente indecisión sobre las posibilidades expresivas de una escritura poética que parecía haber cerrado ya, con aquel libro, un ciclo de su evolución. Quesada fue muy consciente de ello, y no deseaba repetir las líneas de expresión características de *El lino de los sueños*. Aún no estaba fijado el *nuevo* lenguaje, el nuevo tono de su poesía; textos como «Coloquio de amor», «Versos a los mercaderes» o «Balada de la muchachita que no viene» dan buena idea de las dudas y las indecisiones del poeta. En «Haira», a pesar de la sobriedad del verso endecasílabo con rima

⁴ Véase mi *Alonso Quesada*, Las Palmas de Gran Canaria, 1981, p. 25; aludo igualmente a este aspecto de la evolución del autor en *La poesía de Alonso Quesada*, Barcelona, 1981, pp. 6 y 14.

asonante en versos alternos (un metro y un esquema rítmico reiteradamente usados por el autor en su libro de 1915), el tema y la figura protagonista —una enigmática adolescente «hermosa y negra», de «venenosos labios»— contrastan visiblemente con los temas y las figuras femeninas de *El lino de los sueños*; parecen, ahora, arrancados de Baudelaire ⁵:

Haira

POR EL VERDE TATUAJE

¡Oh, hermosa adolescente! El viejo persa
 hubiera dicho tu perfecto estado
 en una triste copla de ternuras
 que olera a vino. Yo te hubiera amado
 al modo del poeta, si mi alma
 no fuera el vaso de los desengaños;
 y no tuvieses en tus ojos nubios
 rojo de llamas, y un temblor extático
 que cambia el equilibrio de mis sesos
 en una cabalgata de centauros...

¡Oh hermosa y negra adolescente extraña;
 ásperos, rudos, venenosos labios,
 tienes una caricia en la alta noche
 que es como el frío de un puñal filado!

Sobre tu frente, una serpiente mora
 el cobre de su lengua te ha clavado:

⁵ Hablo, como es natural, de un «motivo» literario. Lo que da origen al poema es, muy probablemente, una de las «chiquillas de minuit» a las que Rafael Romero alude en más de una ocasión en sus cartas a Luis Doreste Silva. (Tomo la expresión de una carta del 28 de agosto de 1917: «yo continuaré con mis pobres chiquillas de minuit.») (Casa de Colón. Fondo Doreste Silva.)

es un tatuaje de violencia regia,
 es una maldición por otro engaño.
 ¡Es un signo de fuego, para hallarte
 de noche, entre las sombras, como un astro!

Él dice: «El alma está en la frente. Nada
 podrá borrar la huella de una mano...»
 Todo es veneno en ti. Veneno puro
 para morir continuamente... En vano
 podrá librarme el maleficio. Siempre
 ante él, mis ojos temblarán de espanto...

¿Quién te viene a buscar cada minuto
 que el signo se estremece, sin tocarlo?

1918. 15 mayo.

Con este poema estamos ya muy lejos de la conciencia «inocente» característica de *El lino...*, en cuyo tono expresivo son impensables las referencias a Omar Khayam, al vino, a una «cargata de centauros» o a una «serpiente mora». El autor, sin embargo, no volverá a insistir, durante estos años de dispersión, ni en el tema ni en el léxico de «Haira».

Sólo algún tiempo después iba Quesada a obtener la «voz» poética buscada durante estos años. La lírica española empezaba a conocer por entonces la fuerte sacudida vanguardista, y Quesada, amigo y corresponsal de Ramón Gómez de la Serna y de Rafael Cansinos-Asséns⁶, no sólo no fue insensible a las nuevas inquietudes estéticas, sino que supo aprovecharlas para su poesía, tanto en lo que tenían de rechazo de actitudes estéticas pasadas cuanto en la voluntad de ruptura y de explo-

⁶ Para la relación de Alonso Quesada con Ramón Gómez de la Serna, vid. A. S. R.: «Dos cartas de Ramón a Alonso Quesada», *Jornada Literaria* (diario *Jornada*, Santa Cruz de Tenerife), núm. 45, 10 de octubre de 1981, así como el Apéndice al libro de MANUEL GONZÁLEZ SOSA: *Tomás Morales. Cartapacio del Centenario*, La Laguna, 1988, pp. 35-41. En relación con Cansinos-Asséns, cf. ALONSO QUESADA-RAFAEL CANSINOS-ASSÉNS: «Epistolario inédito»; transcripción, introducción y notas de A. S. R.; *Syntaxis*, núms. 12-13 (1987), pp. 110-124.

ración de nuevos rumbos. Tal apertura a los lenguajes de la vanguardia se hace ya claramente visible a partir de 1920 con el *Poema truncado de Madrid* y con otros textos posteriores, todos ellos publicados en la revista *España*, de Madrid. «Haira» quedó, pues, como un poema aislado dentro del referido período de transición, una de las diversas tentativas de escritura poética con las que Quesada ensayaba un cambio de rumbo en su obra lírica, sólo más tarde alcanzado y cuyo fruto no fue otro que *Los caminos dispersos*.

* * *

La traducción del fragmento del «Laus Vitae» de Gabriele D'Annunzio, por su parte, corresponde probablemente al breve ciclo de versiones de autores italianos realizadas por Quesada al calor de unas informales clases de lengua italiana impartidas a un reducido grupo de amigos por Domingo Doreste, *Fray Lesco*, a partir del año 1911, fecha del definitivo establecimiento de éste en Las Palmas; unas clases basadas en la lectura, la traducción y el comentario de distintos autores de Italia⁷. Domingo Doreste había residido en Bolonia durante casi todo el año 1901, con una beca de estudios, y viajó a Italia en otras dos ocasiones⁸. Expresión de su vivo interés por la cultura italiana son los diferentes artículos sobre poetas y escritores o

⁷ Me he referido a esta circunstancia, así como a otras cuestiones conexas, en mi libro *El primer Alonso Quesada. La poesía de "El lino de los sueños"*, Las Palmas de Gran Canaria, 1977, p. 29.

⁸ Vid. J. RODRÍGUEZ DORESTE, *Domingo Doreste, "Fray Lesco" (La vida y la obra de un humanista canario)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1978, pp. 34 y ss. El mismo *Fray Lesco* fue un notable traductor de escritores italianos; véase, por ejemplo, su versión del poema de Carducci «En la plaza de San Petronio», que Rodríguez Doreste reproduce en las pp. 35-36 de su libro. Según éste, *Fray Lesco* «alternaba su labor de genuina creación con sus faenas de traductor, especialmente del italiano», en las páginas de *La Mañana* (1904-1915) de Las Palmas, diario del que fue cofundador. Durante el año de su residencia en Bolonia, *Fray Lesco* llegó a asistir a las clases de literatura de un Carducci «viejo, hemipléjico ya, viril todavía». Todo ello nos habla sobradamente de lo que Rodríguez Doreste llama la «familiaridad» de *Fray Lesco* con la literatura italiana (pág. 102).

temas de Italia publicados en diferentes etapas de su larga vida periodística ⁹, pero especialmente entre los años 1904 y 1915.

Quesada tradujo a Guido Foglietti en 1912, a Boccaccio en 1917 ¹⁰ y a D'Annunzio en una fecha que se halla sin duda entre las dos citadas ¹¹. (No hay constancia de que publicase sus traducciones de Carducci, a pesar de que el propio Quesada dijo en alguna ocasión haberlo hecho ¹²; se trata, ciertamente, de uno de los autores más leídos y admirados por el poeta canario.) Son algo más que meros «ejercicios» de traducción, como podría pensarse de un simple trabajo «práctico» en el estudio de la lengua italiana: hay en esas versiones una clara voluntad de estilo, que incluye, en el caso de la poesía, una evidente preocupación métrica.

Fue Gabriele D'Annunzio un escritor abundantemente traducido en España, como lo revelan las numerosas versiones (muy en especial de sus obras dramáticas) realizadas por Ricardo Baeza a comienzos de siglo. Su poesía contó igualmente con notables traductores (Enrique Díez-Canedo, Guillermo Valencia,

⁹ Un interesante ejemplo podrá hallarse en la breve colección de artículos de DOMINGO DORESTE titulada *Crónicas de "Fray Lesco"*, Las Palmas de Gran Canaria, 1954; me refiero al artículo de 1911 «Una traducción acertada. La "Estética" de Croce» (pp. 131-134).

¹⁰ *Vid., infra*, «Un cuento de Boccaccio».

¹¹ En una carta de Quesada a Luis Doreste Silva del 23 de noviembre de 1914 leemos lo siguiente: «... mientras el *Lino* no esté diciendo sus cosas a los cuatro vientos no podré componer nada. Cinco meses de quietud. Sólo he traducido a Carducci y a D'Annunzio para no perder el hábito»; *vid.* «Cartas de Alonso Quesada a L. Doreste Silva. I. En torno a "El lino de los sueños"»; transcripción y nota de A. S. R.; *Aguayro*, núm. 120 (febrero 1980), p. 27. No puede afirmarse que la versión del fragmento de «*Laus Vitae*» fuera realizada en ese momento; es, tal vez —así lo creemos—, ligeramente posterior (acaso hacia 1916 ó 1917). En otra carta, de 1916, confiesa Quesada tener «ya pensado y casi trazado el segundo libro», «una cosa d'annunziana, pero sin sensualidad; una cosa carducciana, pero sin clasicismo»; *vid.* «De Alonso Quesada a L. Doreste Silva. Cartas»; transcripción y notas de Lázaro Santana; *Fablas*, núm. 75 (sept.-dic. 1979) [1980], p. 47. Hay otras referencias a D'Annunzio en este epistolario.

¹² Sobre Quesada y Carducci, véase mi *El primer Alonso Quesada...*, citado, pp. 28-31. Cf., *infra*, «Las horas vulgares».

etc.). Alonso Quesada traduce, por su parte, un fragmento de «*Laus Vitae*», largo poema de carácter autobiográfico.

De “*Laus Vitae*”

DE GABRIELE D’ANNUNZIO

... ..

Todo lo ambicioné.
 Y todo me tentó.
 ¿Por qué no será infinito
 como el deseo el poder
 humano? Todo gesto
 armonioso o rudo
 de ejemplo me sirvió:
 Me encantó todo el arte,
 toda doctrina me sedujo,
 me atrajo toda labor.
 Envidié al hombre
 que erige un templo
 y al hombre que enyuga a un toro
 y a aquel que trae de la antigua
 fuerza del agua
 la fuerza nueva,
 y a aquel que adivina
 el curso de las estrellas,
 y a aquel que en los mudos signos
 oye sonar la lengua
 de los reinos perdidos.

Todo lo ambicioné
 y todo me tentó
 y lo que no pude hacer
 lo soñé;
 y fue tanto el ardor
 que igualó al acto el sueño.
 Laudado seas poder del sueño
 donde yo me coronó imperialmente

y subo al trono de mi esperanza,
 yo que nací en una cámara
 de púrpura, y por nodriza
 tuve una grande y taciturna
 mujer que descendía de una roca
 roja. ¡Laudado seas
 oh tú que abres mi pecho
 demasiado angosto para el respiro
 del alma mía!

Y tendrás de mí
 un nuevo canto.

(Traducción de A. Q.)

II

OTROS TEXTOS

Ofrezco a continuación un breve conjunto de textos de Alonso Quesada no recogidos en la citada edición de la *Obra Completa* del autor. Se trata de un artículo, dos cuentos, una «carta abierta» y la traducción de Boccaccio a la que ya he tenido ocasión de referirme; a excepción de esta última, dada a conocer en 1917, todos estos escritos se publicaron entre 1910 y 1915, es decir, en lo que cabría llamar la «primera época» de la evolución literaria y vital de Quesada. Se reproducen con ligeras correcciones en la puntuación. Todos ellos han sido extraídos de las colecciones de la Hemeroteca del Museo Canario.

El cuento «Cyrano Rostand. El gallo de Sócrates y Alejandro Larrubiera», publicado en *El Día* de Las Palmas el 28 de enero de 1910, forma parte —interesante parte— de la «prehistoria» del Quesada narrador. Si no hay, en este período, verdadera consistencia literaria (el autor trabaja en cada texto de manera aislada, esto es, sin la conciencia de un «todo» o de un conjunto ficcional), sí puede hablarse, en cambio, de una cierta prefiguración de algunos elementos —muy especialmente el humor— que habrían de ser característicos de su posterior obra narrativa, ésta ya concebida con una evidente organicidad.

*Cyrano Rostand***El gallo de Sócrates y Alejandro Larrubiera**

—*Bon soir* —dijo el divino Edmundo calándose el *monocle*. Y penetró en la tienda de animales disecados que regenta el señor de Moulin.

—*Bon soir* —y el señor de Moulin contesta al saludo del divino Edmundo.

Y ambos permanecen quietos un instante; el uno, tarareando aires del Sena, y musitando el otro versos de su obra favorita:

Baiser, festin d'amour dont je suis le Lazare.

—*Bon soir* —exclama un tercer señor que penetra también en la tienda.

Y el resignado señor de Moulin torna a decir: —*Bon soir*.

Edmundo examina lentamente los animales, repartidos en estantes, en sillas, en mesas, y murmura:

—¡Oh, un pelícano! ¡Qué curioso! Y acaricia las plumas del palmípedo en tanto el otro señor cliente sonrío ante la inmutabilidad de un pájaro mosca.

La tienda del señor Moulin es triste. Así la ha descubierto Mr. Molas, poeta campesino, que fue a París sólo un día a visitar la tumba de Murger.

He aquí el decir de Mr. Molas:

«La vieja tienda de Mr. Moulin tiene la tristeza de la esfinge. Yo he visto cerrados en una vitrina, dice, veinte, treinta, cien pájaros, que unas manos huesosas y amarillas dieron vida muda y serena; y los he visto como si fueran a volar y no les dejaran los clavos que les aprisionan a unos pedacitos de madera negra. Y en el silencio de la tienda de Mr. Moulin, cuando las manos de Mr. Moulin hacen pasar las hojas de una prehistórica Historia Natural, todos los pájaros parece que atienden la operación de su viejo dueño, en los ojos de cristal toda la tristeza, toda la honda amargura, de un silencio, de muchedumbre que viera morir, en plena marcha, la voz que le gritaba.»

Mr. Moulin, cansado de las caricias de Edmundo al pelícano, exclama:

—¡Oh, señor, quince francos!

—No, no quiero pelícano.

—¿Faisanes?

—Tampoco.

Torna el silencio. El otro cliente compra un ibis, el ave sagrada de los egipcios, y se marcha, saludando con su sonrisa:

—*Adieu, monsieur Edmond.*

—*Adieu, monsieur* —responde Cyrano, añadiendo:— No le conozco.

Quedan en la tienda Edmond y Mr. Moulin solamente.

—Usted estará aquí triste, eh Mr. Moulin.

—¡Oh, no señor...! Esto es muy alegre.

—No, no, Mr. Moulin. Esto es muy triste...

—Un poeta viviría aquí plácidamente.

—No lo crea Vd. Acabaría por comerse todos estos bichos.

—¡Ja! Sois ironista. Mirad, mirad esta perdiz, esta grulla... ¿Quiere Vd. una grulla? ¿Qué va Vd. a comprar?

—Buscaba un cisne.

—¿Un cisne? ¡Ah, qué pena! El último se lo ha llevado Mademoiselle Carolina Otero.

—Oh, la bailarina. ¿Para qué necesitará el cisne la hermosa española?

—Va a estrenar una pantomima.

—¡Oh! Leda..., sin duda, Leda. Es hermosa Carolina, ¿verdad, Mr. Moulin? ¿Usted haría alguna barbaridad con Carolina?

—Ja...

—¿Y Vd. no se inspira aquí entre tanto animal?

—Mire Vd. Ahora estoy componiendo un poema: *El gallo de Sócrates.*

—¡Caramba!

—Sí; ya le dije a Vd. que éste es lugar codiciadero para poetas y artistas.

—¿Sabe Vd. en qué me entretengo cuando no hay compradores? En hacer funciones de *guignol*, con todas las aves.

—¡Oh, Mr. Moulin! Es ingenioso el entretenimiento.

—Compongo los poemas... Personajes todos los animales... Aquí tengo el escenario... ved... ved...

Y avanzan hacia la trastienda.

—Poneos de espectador. Voy a deciros un diálogo.

Representan el faisán y el mirlo. Mr. Moulin recita con voz gangosa unos versos muy malos y el divino Edmundo aplaude.

El autor da inocentemente las gracias y Cyrano sale de la tienda quejoso de no poder llevarse el cisne.

—Si no es indiscreción. ¿Para qué queréis el cisne, señor?

—Oh, Mr. Moulin, caprichos de una dama a quien dediqué un soneto. Díjome: «Yo pondría sobre el piano un cisne diseado y en el pico, a la vista de todos, su soneto.»

—¡Oh, qué elegante señora!

—*Adieu, Mr. Moulin.*

—*Adieu, monsieur.*

Y he aquí cómo, según me cuenta donosamente un humorista francés, surgió en la mente de Cyrano el *cacareado* poema *Chanteclair*.

Todos los periódicos del mundo cantan estrepitosamente el argumento, los años de vida, las excelencias del drama y ninguno dice cómo empezó a concebirse en la mente de Cyrano la idea del poemita: en una tienda de aves disecadas.

Historia donosa, gentil novela, maravillosa gracia de artista, digna tan sólo de ser rimada por el bardo Larrubiera, el divino cantor de *La conquista del jándalo*, el mejor poema, acaso, que en estos tiempos se ha compuesto en prosa castellana.

* * *

Varias veces tuvo oportunidad Quesada de declarar su opinión sobre la personalidad y la obra de Francisco González Díaz (1864-1947), destacada figura del periodismo insular y autor de una obra integrada por poemas, libros de viajes e incontables artículos y ensayos¹³. Con motivo de una velada en honor de González Díaz organizada por la sociedad «Los Doce»¹⁴ en agosto de 1912, Quesada, ante la imposibilidad de asistir a la cena de homenaje, escribe una carta de disculpa a José Rodríguez Iglesias, principal animador de la Sociedad. La carta, que se publica en el *Diario de Las Palmas* el 5 de agosto de ese año, acaba convirtiéndose en un encendido elogio de la actividad de «Los Doce» y en un duro alegato contra la incultura ciudadana y contra una sociedad groseramente materialista, motivos éstos frecuentes tanto en la poesía como en la prosa del autor, pero aquí teñidos por un tono satírico en el recuerdo de unos conocidos versos de Góngora.

¹³ Véase, por ejemplo, el artículo «Horas de arte. En casa de González Díaz», en el vol. 6 de la citada *Obra Completa*, págs. 293-295.

¹⁴ Sobre la sociedad «Los Doce», vid. C. DE LEÓN CABRERA: *El teatro de Alonso Quesada*, Las Palmas, 1989, pp. 23-30 y 121-123.

Sr. D. José Rodríguez e Iglesias,
Las Palmas.

Amigo Rodríguez: No puedo estar esta noche en el banquete. Pensé que pudiera, pero me es fatalmente imposible. Debe Vd., pues, pensar en mi sentimiento.

González Díaz sabe mi admiración y mi cordialidad por su espíritu, y encontrará todas las disculpas y todos los perdones para mi ausencia. Él ha de pensarlo así porque le he seguido siempre en sus homenajes y le he acompañado afectuosamente en sus solos de desencanto y de dolor. Al no acercarme esta noche a la mesa que ponéis vosotros en su honor, es por un irremediable compromiso que, a pesar de mis deseos y de mis manifestaciones, no he podido evadir. Y sólo ha de contentarme el saludo de afectuosidad y de rendimiento.

Algo más que de un banquete es merecedor nuestro excellentísimo maestro, y aunque aquí, en este lugar de estudiantes provechosos, es casi excesiva cosa juntar gentes para comer en honor de uno que escriba, un homenaje a la enorme labor de arte y de literatura de González Díaz debiera tener siempre, en todas las ciudades, un clamor más fuerte, un triunfo más luminoso.

A vosotros, sin embargo, se os debe todo; ahora y mañana seréis la fuerza de espiritualidad de este tan apenado pueblo. Vosotros habéis sostenido en todas las horas el gusto de las cosas y ha sido un torneo caballeresco toda vuestra labor. Es este instante propicio para rendir también nuestras gracias por todo y dar un humilde aliento para vuestro camino y un más humilde consejo:

Hay que ser tan tenaz. Si no dais contentamiento al pueblo, mejor. Buena pro les siga haciendo su estilo. Aquí, ya sabemos que sólo medra el poderoso caballero que nos relató el fuerte D. Francisco, y que el necio orgullo de poseer una casa desnuda de higiene y de estética es lo imperante. Y hay que aprender a sonreír ante estos gentiles hombres *sólo de su boca*; ante estos hotentotes adinerados que no se admiran de caminar con la testa sin sufrir lesiones.

Hay que dar un fuerte grito de espíritu. Un grito *cerebral*. Hay que subir por sobre estos cortesanos *parvenus*... con aquella admirable sonrisa del divino D. Luis de Góngora y Argote, cuando decía:

*Carrozas de a ocho bestias, y aun son pocas
con las que tiran y que son tiradas...*

Perdón; mis mayores admiraciones para el maestro en un abrazo amical.

RAFAEL ROMERO

* * *

En su larga labor periodística, Quesada dedicó mucha atención a las cuestiones de la vida política local, relacionada en ocasiones con la vida ciudadana. El «molde» literario dominante fue, en este concreto ámbito, el de la «crónica de la ciudad», cuya amplitud de temas y de tonos le permitía al autor abordar los asuntos políticos y los sociales dentro de una secuencia «ligera y sentimental» más larga, pero no siempre tan «ligera y sentimental» como él mismo la caracterizó. Más exacta es la definición (también debida al autor) de las crónicas como «glosas humorísticas», rasgo que comparte esta otra crónica del presente ciudadano que se publicó en el *Diario de Las Palmas* el 13 de diciembre de 1912 y que puede considerarse, en parte al menos, como un antecedente de las «crónicas» que Quesada comenzó a publicar regularmente a partir de 1916.

En relación con la última parte del texto, es de gran interés el siguiente párrafo de una carta que Quesada dirige a Unamuno a principios de 1913:

Esto, como Vd. lo dejó: lo mismo. El gorila de Prudencio Morales, medrando, como ayer. Ahora tiene un periódico panzudo y divisionista donde expone sus pláticas, más pesadas con los años. La masa gris de este hotentote va corriendo pareja con su panza. Yo, desde un periódico local, con motivo de que unos tradicionalistas se metieron con Vd., por el artículo a Galicia, le he puesto *de camino*, que no había por donde cogerlo a pesar de su enorme bulto. Los curárganos decían de Vd.: «¿y éste es el genio, el sabio?». Yo, algo bufo, les demostré que el hombre procede del mono y para hacerlos saltar les traduje el *Himno a Satanás* de Carducci. Se armó un revuelo enorme. El director del periódico, que no sabía una palabra de esto, se vio en un lío con el Olimpo y con este Cabildo de bandoleros, pues desde *El Tradicionalista* me excomulgaron.

Un rato algo cómico, algo infantil, poco serio, si Vd. quiere, pero me he divertido algo. No han vuelto ¹⁵.

Las palabras citadas nos ayudan a contextualizar adecuadamente el último apartado del artículo. En cuanto a los dos primeros, no es fácil hoy hallar la «clave» de unos acontecimientos (ni del «bestiario» que los protagoniza) ligados al estricto momento en que se produjeron.

Las horas vulgares

El león del Parque ha muerto. La noticia es un poco vieja, pero no importa. El león del Parque ha muerto, ¡y todavía vive el asno que todos conocemos!

La vida es deleznable, ingrata y poco acertada en sus decisiones.—Esto es una vulgaridad, pero peores cosas dice el *cronista* y tiene su público.

El león pasó a la nada por envenenamiento, según unos, y por falta de almuerzos, según otros. Tampoco importa. Lo cierto es que pasó y el Parque se ha compuesto un poco.

Sin embargo, nosotros lamentamos la desaparición del bello amigo que rugía tan espléndidamente y ahuyentaba a algunos señores que detestamos de nuestras cercanías.

¡El león ha muerto, vivan los pasodobles los domingos! No hay mal que por otro peor no venga.

Desde aquí estoy oyendo el rugido de una banda, y pienso cuán falaces y tornadizas son las cosas de la tierra, después que a mi querido amigo don Manuel Velázquez le ha oscilado la Diputación por Fuerteventura.

El pueblo invade el parque, donde hace un mes informaba, como algunos letrados, el excelentísimo león. ¡El pueblo con sus niñeras, sus amas de cría, sus asistentes y sus bambinos...! Y aquella visión regia del parque, aquella soledad encantadora, que guardaba el león, ha desaparecido. ¡El pueblo! —*Ma il popolo é, ben lo sapete, un cane.*—(Carducci, *Giambi ed Epodi. Libro II. Il canto dell'amore*).

¡Y ya no resta ni el alcázar regio, ni el príncipe gallardo...! Una explanada donde corren unos chicos y apenas un leve recuerdo del viejo amigo.

¹⁵ *Epistolario Miguel de Unamuno-Alonso Quesada*, prólogo y notas de Lázaro Santana, Las Palmas, 1970, pág. 35.

¿No hubiera sido mejor, madre mía, tierra, haber decidido sobre un tenedor de libros o sobre uno de esos gorilas de casi sangre azul, tan adinerados...?

*

Están cercanos los días de Pascua. Por esta época empieza a bailar la gente. En la prensa se han movido varios amigos para prepararse unos bailes espléndidos, como todos los años.

Ya sabemos todos, menos el *cronista* que está todavía a la mitad de Menéndez, que los pueblos, mientras más primitivos, más bailarines, y que todos los sentimientos de alegría o de dolor los expresan por medio de saltos y brincos, la mayoría de las ocasiones teológicos, por lo incomprensibles.

El hombre no procederá del mono, pero sí de los hermanos Quintero, y la mujer es una cosa no sólo *varium et mutabile*, como nos dijo Virgilio, sino capaz de las mayores heroicidades por un novio. Esto está bien, que es su destino. Pero prefieren a los abogados como más cronistas. (Esto de cronistas es un eufemismo.)

El baile es decisivo, como una batalla, y aunque nos acerque a la selvatiquez, bien vale unos cocidos y unos calzoncillos bien zurcidos, el retrocén.

Los pueblos, mientras más primitivos, más bailarines...

Y esto no quiere decir que no haya excepciones; que algunos señores, por ejemplo, muy obesos y muy reposados en sus butacas, no sean primitivos también.

*

Un periódico deshila un artículo, que a los redactores les parece confuso, de don Miguel de Unamuno. Y así, como desde una tribuna *barroca*, le quitan lo de sabio y lo de genio, como si se tratara de un gorro de dormir.

¿Dije antes que el hombre no procede del mono?

Fatalmente del mono procede; de un exótico epitalamio entre el mono y la foca.

¡Ay, la pampa! —como dicen en una zarzuela—. Lo mejor es, siempre, ante los grandes acontecimientos, volver la hoja y cantar con el sagrado, con el fuerte, con el dios Carducci:

*Salute, ó Satana,
ó ribellione,*

*ó forza vindice
della ragione.
Sacri á te salgano
gl'incensi e i voti.
Hai vinto il Geova
dei sacerdoti.*

GIL ARRIBATO

* * *

En la producción cuentística de Quesada aparece con relativa frecuencia una componente de «absurdo» que es, acaso, una derivación del humor característico de la mayor parte de su obra en prosa. En otra ocasión me he referido al «comportamiento» absurdo de no pocos personajes de los cuentos que integran *Smoking-Room*, como Perkins, Edward o Carlson¹⁶. En parecidos términos se expresa Lázaro Santana al hablar de una «premonición del absurdo» en la curiosa pieza «extraña e irónica» (así calificada por su autor) titulada «Simbólica psicología», minicomedia en tres jornadas que Quesada publicó en 1909¹⁷.

El cuento «Un regalo de boda», publicado en *Ecos* el 23 de octubre de 1915, desarrolla igualmente el sentimiento del absurdo, pero esta vez relacionado con un cierto «orientalismo». Se trata de una rara combinación de ambos elementos que no es, en rigor, la única vez que aparecerá en la obra de Quesada; bastará recordar el poema VI de la primera sección de *Los caminos dispersos*, que relata el caso de la metempsicosis de un compañero de oficina del poeta, un compañero que, transformado en asno, regresa por un momento a visitar su «anterior morada» y que ahora «goza / de una infinita paz de Nirvana». Al publicarse por vez primera en la revista *España* (núm. 323, 3 de junio de 1922), el texto llevaba significativamente el título de «Poema del buen humor búdico».

¹⁶ *Alonso Quesada*, citado, p. 30.

¹⁷ *Obra Completa*, vol. 6, p. 280. «Simbólica psicología» se encuentra en las pp. 285-287 de ese volumen.

En «Un regalo de boda», el narrador se siente «envuelto en una quietud inmensa»: «El karma fatal me dominaba. Parecía como si estuviera toda mi carne tornándose lentamente mármol o granito.» Tal sentimiento desemboca al fin en un extraño y ridículo gesto, no menos extraño, en verdad, que el regalo mismo, y no menos ridículo que la general «ridiculez» de los «regalos de boda» que se arrinconan y por los que nadie siente compasión alguna. La versión quesadiana de «lo absurdo» merece, en verdad, un estudio particular; un estudio que, repasada toda la obra del autor, fije el número de textos en que ese rasgo aparece, examine su significación y la confronte con un capítulo sin duda decisivo en la sensibilidad literaria europea —muy especialmente en la vertiente dramática— posterior a la segunda Guerra Mundial.

Un regalo de boda

Ayer se ha casado un amigo y me ha llevado a su boda. La mujer de mi amigo es bella y, según me dice él, maternal. Es una mujer que será una madre buena. Mi amigo puede ser, como cualquier tonto, feliz.

El amigo es pobre pero él ha reunido dinero no sabemos cómo y contraído matrimonio. Alquiló una casa nueva, pequeña, blanca; una de estas casitas isleñas tan iguales, tan estrechas y tan feas, y la ha sembrado de cuadros y de muebles. El lecho donde mi amigo y su esposa holgarán es un lecho de caoba, antiguo. En ese lecho han holgado antes los abuelos y los padres de mi amigo. Es lo serio del hogar.

La boda fue *discreta*. Había muchos regalos de cristal; había un gramófono y un despertador. Yo, temblando de miedo y de rubor, le hice a mi amigo también un regalo.

Mi amigo no es un artista; no es hombre de elegancias ni de refinados gustos, porque se ha preocupado muy poco de esas cosas vanas. Él se gana su dinero haciendo unos números y no se ha sentido jamás preso de inquietudes metafísicas. Pero yo, a pesar de todo, le quiero mucho porque es honrado, leal y generoso.

Salí un día a la calle a buscar el regalo. No sabía qué comprar. Comprar un regalo de boda es como descubrir un astro.

El dependiente u hortera, como parezca menos mortificante, de la tienda me mostró varias cosas, según él muy atractivas y muy propias. Mas no adquirí ninguna aquí y me fui a otra tienda. Y en todas las tiendas me ocurrió lo mismo.

Viajé cinco horas de tienda elegante a tienda vulgar y al fin hallé el regalo. Estaba aturdido. Mi amigo quedó encantado. ¡Era un bastón!

Sin embargo, una tristeza rara me invadió muchos días y la noche de boda no pude sonreír. —¿Le habrá gustado verdaderamente mi bastón? ¿Será un bastón fino? ¿Es absurdo esto que he hecho? —Por esta tan pequeña cosa, tan fútil cosa, hubiéramos querido sondear en el espíritu de nuestro amigo. No hay nada más amargo, más desconcertante que hacer un regalo de boda. Un regalo de boda puede ser para el futuro una herida sin cerrar.

Cuando el matrimonio tenga muchos años, amigos míos, cuando haya mozos nuevos en el hogar, el regalo que hicimos nosotros el día de boda será lo más ridículo que estará en aquella casa.

En todas las casas, en los rincones de todas las casas hay siempre, apolillado y viejo, sin que nadie sienta por él compasión, un regalo de boda, el regalo que hizo el mejor amigo y que inevitablemente es peor que los otros regalos.

Mi amigo, hombre bueno, al cabo, me dio las gracias muchas veces la noche aquella. Yo firmé en un papel de hilo y me tomé una copa de vino moscatel, y unas pastas me comí, todo en honor al amigo. Y después me senté, como un monje sentimental, en un sillón, dispuesto a morirme de abandono, de laxitud. ¡Qué horrible!

La novia fue a cambiarse de traje; el novio me dio unos golpecitos en el hombro para advertirnos discretamente su picardía y ambos partieron para el campo en automóvil.

Yo esperé, con los invitados. Todo el mundo era una sola persona en atenderme bien. Yo no hablaba nada. Los señores de la casa aquella me distinguían más que a todos. Estaba abrumado. —¿No quiere Vd. más? —¿Está Vd. triste? —Anímese Vd. Eso le ocurre por estar soltero. Cásese.

Y más tarde, como hubo un baile, me hicieron bailar. Y yo, que no he bailado nunca, porque, según me dice un compañero mío, eso de bailar es cosa de igorrotos, bailé sin poderlo remediar. Y entonces se llenó mi alma de una tristeza tan honda que estuve a punto de abandonarme en desesperado llanto, en los brazos de mi pareja. Estaba condenado por algo misterioso.

La boda acabó, los amigos se marcharon. Yo me quedé solo en aquel hogar, mientras los señores de la familia me miraban

absortos. No podía levantarme de la silla. Poco a poco me sentí inmerso en una quietud inmensa. El karma fatal me dominaba. Parecía como si estuviera toda mi carne tornándose lentamente mármol o granito.

Los señores no cesaban de mirarme. Y pasaron así muchos minutos. Casi una hora.

El alma dio un golpe después de un esfuerzo supremo y pude ponerme en pie. Y despedirme.

Pero al cruzar por la galería donde estaban expuestos los regalos, una fuerza interior, algo terriblemente juvenil pero trágico a la par, empujó mi brazo hacia el lugar donde lucía *mi regalo*.

Y aprovechando una distracción de la suegra de mi amigo, que me despedía casi en sueños, eché a correr con el bastón, escaleras abajo...

GIL ARRIBATO

* * *

Sobre la traducción de este fragmento de Boccaccio, véase lo comentado más arriba acerca del breve «ciclo» de versiones italianas realizadas por Quesada a partir de 1912. El cuento fue publicado por la revista *Castalia*, de Tenerife, en su número 4 (1917).

Un cuento de Boccaccio

(El rey de Chipre se torna de vil que era en pundonoroso, al ser zaherido por una gascona.)

Acaeció una vez que una hermosa y gentil dama de Gasuña fue de romera al Santo Sepulcro, y esto ocurría en tiempos del primer rey de Chipre, después de la conquista de Tierra Santa por Godofredo de Buillón; y a su regreso, habiendo parado en Chipre, fue ultrajada villanamente por unos miserables. Quejóse entre otras gentes del ultraje recibido y pensó recurrir al rey en su queja. Pero alguien le dijo que era trabajo inútil e inútil porfía lo que pensaba, pues el rey era tan indolente,

tan débil y tan cobarde que no sólo no hacía justicia nunca a las ajenas ofensas, sino que también consentía las que a él le fuesen inferidas; hasta tal extremo de que si algún súbdito era castigado, desahogábase éste impunemente, dirigiéndole las frases más indecorosas.

Desconfiando de su venganza la dama, al oír esto, hizo el propósito de escarnecer al menos la vileza de aquel rey cobarde, y así obtener algún consuelo en su ultraje. Y dirigiéndose al Palacio, así le dijo:

—«Señor, no vengo a implorar castigo por la injuria que se me ha hecho, sino para suplicarte, que ya que de otra suerte no me des satisfacción, me muestres el modo como aguantas y sufres tú las injurias que sé que te hacen, a fin de que, al aprenderlo de ti, pueda aguantar con resignación las que a mí me hicieron. Y bien sabe Dios con cuánto gusto a ser posible te hacía yo un presente por esos méritos tan peregrinos que tienes de saber aguantar las ofensas.»

El rey, hasta entonces tardío y desidioso, como si de un sueño despertase, empezando por vengar cumplidamente la injuria hecha a aquella dama, de vil que era se convirtió en un hombre rígido y cumplidor de sus leyes, siempre pronto a castigar cualquiera de las ofensas que fuesen en menoscabo del honor de la corona.

ALONSO QUESADA, *traduxit.*